

mación, porque la asamblea queria con toda sinceridad un rey, como primer magistrado hereditario. Fué propuesta tambien la inviolabilidad del heredero presuntivo; pero habiendo reparado el duque de Mortemart <sup>8</sup> que algunas veces los hijos habian intentado quitar la corona á sus padres, y que por este motivo era preciso conservar los medios de castigarlos, fue desechada la mocion. A propósito del artículo sobre la sucesion de varon en varon y de rama en rama, propuso el diputado Arnoult <sup>9</sup> que se confirmasen las renunciaciones hechas por la rama Española en el tratado de Utrécht. Pero se opinó que no habia lugar á deliberar por no enagenarse un aliado fiel. Mirabeau sostuvo la misma opinion y la asamblea pasó á la órden del dia. Pero de repente el mismo Mirabeau, para hacer sin duda una esperiencia que ha sido mal interpretada, volvió á suscitar la cuestiou que él mismo habia contribuido á cerrar.

En caso de extinguirse la rama reinante, se hallaba la casa de Orleans en concurrencia con la de España. Habia notado Mirabeau un gran empeño en que se decretara la órden del dia, y aunque sus relaciones con el duque de Orleans no pasaban de un trato familiar, como el que tenia con todo el mundo, queria sin embargo conocer el estado de los partidos y saber quienes eran los amigos ó los enemigos del duque. Estaba pen-

diente la cuestion de la regencia y se decia que en el caso de menor edad del rey, no podian sus tios ser tutores de su sobrino por lo mismo que eran herederos suyos, y por consiguiente poco interesados en su conservacion. Por otra parte la regencia pertenecia de derecho al pariente mas inmediato, y estos eran la reina y el duque de Orleans, ó la familia de España; y en esta alternativa dijo. «El conocimiento que tengo de la geografia «de la cámara, y el lado de donde han salido los «gritos á la órden del dia, me prueban que no se «trata nada menos aqui que de imponernos una «dominacion estrangera, y que la propuesta de no «deliberar, aunque parezca española, es mas bien «austriaca; propongo pues, que no pueda encargarse de la regencia sino un hombre nacido en «Francia.» Al oír estas palabras hubo una griteria universal y volvió á emprenderse la discusion con una violencia extraordinaria, pidiendo nuevamente los oponentes la órden del dia. En vano se cansó Mirabeau en repetir que el motivo no podia ser otro que someter la Francia á una dominacion estrangera, porque no se dignaron contestarle, como que en efecto preferian cualquier estrangero al duque de Orleans. En fin despues de una discusion que duró dos dias, se volvió á declarar que no habia lugar á la deliberacion. Pero habia logrado Mirabeau lo que queria, que era conocer la division

y la fuerza de los partidos. Despues de semejante ensayo no podian menos de acusarle ni de pasar por agente del partido de Orleans.\*

Agitada todavia con esta discusion, recibió la asamblea la respuesta del rey á los articulos de 4 de agosto. Luis XVI aprobaba su espíritu, dando á algunos su adesion condicional, con la esperanza de que serian modificados en la ejecucion; reproducia sobre los mas las objeciones hechas en la discusion y desatendidas por la asamblea. Subió otra vez á la tribuna Mirabeau, y dijo: «No hemos examinado la superioridad del poder constituyente sobre el poder ejecutivo, sino que en cierto modo hemos echado un velo sobre estas cuestiones (en efecto la asamblea habia explicado en su favor el modo con que debian ser entendidas, sin decretar nada sobre este punto). Pero si se intenta poner en duda nuestro poder constituyente, se nos pondrá en precision de declararle. Obrese francamente y sin mala fé, supuesto que todos convenimos en las dificultades de la ejecucion, pero tampoco la exigimos. Es verdad que reclamamos la abolicion de los oficios, pero indicando para en adelante su reemplazo con la correspondiente hipoteca. Tambien es verdad que caracterizamos de destructor de

\* Véase la nota 7 al fin del tomo.

« la agricultura el impuesto con que hoy se mantiene el clero, pero en tanto que se reemplaza con otro, mandamos que se sigan percibiendo los diezmos; suprimimos las jurisdicciones de señorio, pero dejándolas existir hasta que se establezcan otros tribunales. Hacemos lo mismo con los demas artículos, en los cuales solo se contienen principios que es preciso convertir en irrevocables por medio de la promulgacion. Por otra parte, aun cuando fuesen falsos estos principios, ya andan en boca de todo el mundo, y es imposible revocarlos. Repitamos con ingenuidad al rey lo que decia un loco á Felipe II, príncipe tan absoluto como sabemos: ¿Qué harías tú si todo el mundo digese que si, cuando tu dices que no? »

La asamblea mandó de nuevo á su presidente ir á pedir la promulgacion al rey, el cual la otorgó. La asamblea por su parte al deliberar sobre la duracion del *veto* suspensivo, lo estendió á dos legislaturas, pero hizo muy mal en dar á entender que esta concesion era en cierto modo una recompensa concedida á Luis XVI por lo que el mismo cedia de su opinion.

Mientras que en medio de los obstáculos suscitados, tanto por la mala voluntad de los privilegiados como por los arrebatos populares, caminaba la asamblea al fin que se habia propuesto,

se acumulaban á su rededor muchos otros de que se alegraban sus enemigos, esperanzados de que por el mal estado de la hacienda se veria aquel cuerpo tan comprometido como lo habia estado la misma corte. El primer empréstito de 30 millones no habia tenido buen éxito, ni tampoco otro de 80 que se habia decretado á propuesta de Necker. \* Discutid, les dijo un dia el diputado de Couy D'Arcy<sup>10</sup>, «dejad que venzan los plazos, y cuando «haya llegado este caso ya no existirémos ningun-  
«no. Voy á revelaros verdades terribles, — al ór-  
«den, al órden, gritan los unos. — No, no. — Hablad,  
«contestan los otros. » Entonces se levanta un di-  
putado y le dice á Mr. Gouy: «Continuad, conti-  
«nuad esparciendo inquietudes, alarmas y temo-  
«res, y bien! ¿qué sucederá? Darémos una parte  
«de nuestro propio caudal y todo quedará conclui-  
«do.» Continuó en efecto Mr. de Gouy diciendo:  
«Los empréstitos que habeis votado hasta ahora  
«no han proporcionado nada, ni existen diez mi-  
«llones en la tesorería.» Apenas hubo proferido  
estas palabras cuando se le echaron de nuevo en-  
cima vituperándole, hasta que al fin le impusie-  
ron silencio.

El duque de Aiguillon, que era presidente de la comision de hacienda, le desmintió probando

\* Decreto de 27 de agosto.

que debian existir 22 millones en las cajas del estado. En seguida se decretó que los viernes y sábados serian consagrados especialmente á las cuestiones de hacienda.

Llegó por fin Necker con el semblante alterado por sus trabajos continuos, volvió á renovar sus perpetuas quejas, echando en cara á la asamblea que no habia hecho nada en favor de la hacienda, despues de 5 meses de tareas. Los dos empréstitos no habian surtido efecto alguno, porque las turbulencias habian destruido el crédito. Se ocultaban los capitales y tampoco se presentaban los extranjeros á hacer cara á ninguna de las proposiciones emitidas, ademas de que por la emigracion y por la escasez de viageros habia disminuído el numerario, quedando á penas lo bastante para las urgencias diarias. Se habian visto el rey y la reina en precision de enviar su bajilla á la casa de la moneda, y últimamente propuso la necesidad de una contribucion de la cuarta parte de las rentas particulares asegurando que bastaba este recurso. Despues de haber sido examinado este plan durante tres dias, una comision nombrada al efecto le aprobó enteramente, siendo de notar que el mismo Mirabeau, enemigo declarado del ministro, fué el primero que tomó la palabra para persuadir á la asamblea que admitiese aquel plan sin discutirle. «No teniendo, dijo, tiempo

«para meditarle, no debe la asamblea cargar con la responsabilidad del evento con su «aprobacion ó desaprobacion de los medios «propuestos.» En vista de estas razones aconsejó votarle inmediatamente y de confianza. Seducida la asamblea, adhirió á la propuesta de Mirabeau, á quien mandó retirarse para redactar el decreto. Entre tanto iba calmándose el entusiasmo, pretendiendo los enemigos del ministro que existian recursos que no habia sabido buscar. Sus amigos por el contrario atacaron á Mirabeau, quejándose de que habia querido agoviarle bajo la responsabilidad de los sucesos que podian ocurrir. Volvió Mirabeau y leyó su decreto, y habiéndole oido Mr. de Virieu le dijo: «eso es hacer añicos el plan del «ministro!» Mirabeau, que jamas sabia retroceder sin contestar, confesó francamente cuales habian sido sus miras. Convino en que se adivinaba su pensamiento cuando se decia que queria hacer pesar sobre Mr. Necker toda la responsabilidad de los acontecimientos, añadiendo que no tenia el honor de ser amigo suyo; pero aunque lo fuese del modo mas tierno, era ciudadano antes que todo, y no titubearia en comprometerle primero que á la asamblea; que no creía que el reino peligrase aun cuando Mr. Necker se hubiese equivocado, y que por lo contrario se comprometeria el bien público, si la asamblea llegaba á perder su

crédito por falta de tino en una operacion decisiva. Propuso en seguida una proclama para escitar el patriotismo nacional, y apoyar el proyecto del ministro.

Se aplaudieron sus palabras, pero continuó la discusion haciéndose mil propuestas, y pasándose el tiempo en vanas sutilezas; cansado de tantas contradicciones, y convencido de la urgencia de los recursos, subió á la tribuna Mirabeau por la última vez y fijando de nuevo la cuestion con admirable claridad, demostró la imposibilidad de sustraerse á la necesidad del momento. Inflammándose entonces su genio, pintó los horrores de la bancarrota presentándolos como un impuesto desastroso, que en vez de pesar ligeramente sobre todos, recaía únicamente sobre unos pocos á quienes aniquilaba: la presentó como una sima abierta en que se precipitaban víctimas vivas y que no se vuelve á cerrar ni aun despues de haberlas devorado, porque no dejan de subsistir las deudas por solo haberse negado á pagarlas. Aterrorizando por fin á la asamblea «un dia de «estos, dijo á propósito de una mocion ridícula, «en el palacio real se han oido estas palabras: Te- «neis á Catilina á las puertas de Roma y os entre- «teneis en deliberar! Seguramente ni habia Cati- «lina, ni habia peligro, ni habia Roma; pero ahí «está la horrenda bancarrota amenazando de-

« voraros á vosotros, á vuestro honor, á vuestros caudales, y pasais el tiempo deliberando! \* »

Al oír estas palabras se levantan los diputados dando gritos de entusiasmo, y aunque quiso contestar un diputado, tuvo que retirarse inmóvil y asombrado del efecto que habian producido. Entonces declaró la asamblea que oído el informe de la comision, votaba de confianza el plan del ministro de hacienda. Tuvo Mirabeau la satisfacción del triunfo de la elocuencia, pero solo podia conseguirle el que tuviese igualmente su razon y sus pasiones.

\* Sesion de 22 y 24 de setiembre.

## NOTAS DEL TRADUCTOR

### PERTENECIENTES AL CAPITULO TERCERO.

#### PAGINA 216.

1 Berthier, intendente de Paris, consejero de estado etc. fué sacrificado por el populacho de la manera que refiere el testo. Pero se omite una circunstancia bien horrible que pinta la ferocidad de que estaban poseidos algunos de los que servian de instrumento á la revolucion, y fué que uno de los monstruos que le acometieron metió la mano en sus entrañas, le arrancó el corazon todavía palpitante, le clavó en una pica y le llevó á presentarle á la comision de subsistencias. Dejó aquel desgraciado una viuda y ocho hijos.

#### PAGINA 267.

2 Juan Siffrein Maury, diputado á los estados generales, cardenal presbitero, con el titulo de la Santísima Trinidad en el monte Pincio, arzobispo de Nicea, obispo de Montefiascone y Corneto, arzobispo administrador de Paris, miembro de la legion de honor, de la academia francesa y de la de los Arcades, gran cruz de la orden de la Reunion etc. nació en Valreas, diocesis de Aviñon el 16 de junio 1746. Su padre era un pobre zapatero, que deseando á su hijo una suerte mas próspera que la suya, le puso á estudiar en un colegio, donde no tardó en dar pruebas de mucha aplicacion y talento. Terminados sus estudios profanos, pasó al seminario de S. Carlos, y despues al de la Santa Guardia. Apenas habia cumplido 20 años, cuando vino á Paris en calidad de profesor particular, pero en el coche de camino don-